

plaza pública para la edición del 29 de enero de 1992
Francisco Martínez de la Vega
El bronce y el humbre

Actos como el de hoy nos defienden de la orfandad, nos mitigan la falta que padecemos desde el 13 de febrero de 1985. No perdimos por entero a don Francisco Martínez de la Vega. Nos dejó su vasta herencia moral, el recuerdo de su palabra viva, de su sonrisa a veces dulce, escéptica a veces, de sus carcajadas contagiosas. ^{Disponemos} ~~tenemos~~, para alumbrar los días que corren, de ^{su} ~~el~~ pensamiento, trabajado durante décadas. Su nombre figura en calles, recintos culturales, salas de redacción. Hoy tenemos además, gracias ^{al arte de don,} ~~a~~ Joaquín Arias, este monumento.



Miércoles 29 / julio / 92

plaza pública/2

El bronce y el nombre
sigue a los grandes

Fijar una vida en bronce ha sido una práctica social que al menos ha tenido dos momentos ~~encuadrados~~. Hubo ⁵ tiempo en que la inmortalidad sólo se adquiría realmente si una escultura aseguraba la perdurabilidad del homenajeado. Luego, como reacción al exceso de solemnidades broncíneas, ese metal se hizo de mala fama. Con grandísima frecuencia se le reprochó su esterilidad, su ineptitud para reproducir el alma, por perfecta que fuera su técnica. Cuando Buonarroti golpea la piedra convertida en su creatura y le ordena que hable, es la imagen viva del artefacto escultórico el que habla, no requiere ese orden para presentarse al mundo, no describe anticlémicamente asuntos también conformes humanos. Por eso gusta repetir una anécdota: se dice en el culto a la personalidad se cita un discurso de escultura para homenajear a Gorki. Triunfa, por supuesto, el propio que nuestra era aparece figura de Stalin, leyenda de Gorki.

Hoy, en medio de esa estridencia, es la hora del equilibrio: se sabe cuando el homenaje fallosa; y se aplaude cuando se esculpe a quien merece ser esculpido, cuando un molde se llena con bronce y con alma.

Es seguro, sin embargo, que don Francisco Martínez de la Vega sonreía si se supiera dentro de este año, al menos, modelo de la efigie que hoy se inaugura. Sin sombra de desdén por el mismo, ajeno a la autocongratulación, a la falza modestia, tuvo siempre la inteligencia de no tomarse demasiado en serio, al mismo tiempo



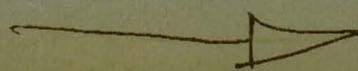
plaza pública / 3

que emprendió con rigor y seriedad las tareas públicas que le correspondían.

Partiendo de un falso dilema, pretendiéramos dilucidar si con este honor se honra a un político o a un periodista. Con semejante intensidad, indistintamente, Martínez de la Vega desarrolló ambas vocaciones. Fue político en tanto que periodista. Fue periodista en tanto que político. Actuó en política cuando muchacho y en la cumbre de su edad. Periodista lo fue en los años mozos y en el exilio de la guerra. Hizo política ante el poder, desde el poder, contra el poder. Creó en el periodismo, a través de su pluma y plume, el impulso que dio a otras, encendiendo el trabajo de los demás, dando aliento a los jóvenes, separando el grano de la paja.

Político-periodista, periodista-político, este hombre binominal tuvo un denominador común en el ejercicio de ambas vertientes. Fue un seguro, sabio, cálido amigo. Dio y recibió amistad. Esa palabra, esa conducta, fueron claves en su vida: Por amistad, José Pagés Llergo, hoy su vecino en el bronce, lo condujo al periodismo político. Por amistad, Adolfo López Mateos lo llevó a la política del poder. La amistad lo rodeó en sus horas postreras. La amistad ha levantado este monumento. Y está presente en esta inauguración. Por fortuna, no fue necesario que don Paco muriera para saber que era amigo de sus amigos, dictado que el oportunismo aplica, cuando no es verdad, sólo tras de la muerte.

Amistad no quita devoción, ni reconocimiento, antes los implica; y es por entero lejano de la complicidad, de las trivialidades que producen resultados sin causa, es decir, honorales porque sí,



plaza pública / A

bronceos, huecos, estatuas vacías. Este que a partir de hoy enriquece el patrimonio público de la ciudad de México está impregnada de los trabajos y los días de Francisco Martínez de la Vega, de la destilación de su espíritu de exilio a México.

Estas palabras fueron dichas ayer, 28 de enero, en la inauguración del monumento a don Francisco Martínez de la Vega, en el Jardín de los Penochistas Nuevos, delegación Venustiano Carranza.

PLAZA PUBLICA

Miguel Angel Granados Chapa

■ **Francisco Martínez de la Vega**

■ **El bronce y el hombre**

Actos como el de hoy nos defienden de la orfandad, nos mitigan la falta que padecemos desde el 18 de febrero de 1985. No perdimos por entero a don Francisco Martínez de la Vega. Nos dejó su vasta herencia moral, el recuerdo de su palabra

viva, de su sonrisa a veces dulce, escéptica a veces, de sus carcajadas contagiosas. Disponemos, para alumbrar los días que corren, de su pensamiento, trabajado durante décadas. Su nombre figura en calles, recintos culturales, salas de redacción. Hoy tenemos además, gracias al arte de don Joaquín Arias, este monumento.

Fijar una vida en bronce ha sido una práctica social que al menos ha tenido dos momentos encontrados. Hubo tiempos en que la inmortalidad sólo se adquiriría realmente si una escultura aseguraba la perdurabilidad del homenajeado. Luego, como reacción al exceso de solemnidades bronceas, ese metal se hizo de mala fama. Con grandilocuencia de signo contrario, se le reprochó su esterilidad, su ineptitud para reproducir el alma, por perfecta que fuera su línea. Cuando Buonarotti golpea la piedra convertida en su creatura y le ordena que hable, es la imagen viva del artificio es-

cultórico: el espíritu no requiere esa orden para trasmutarse en verbo. La reacción antisolemne asumió también contornos humorosos. Don Paco gustaba repetir una anécdota, pletórica de significados: Durante el estalinismo, es decir en el culto a la personalidad, se cita a un concurso de escultura para enaltecer a Gorki. Triunfa, por supuesto, el proyecto que muestra una enorme figura de... Stalin, leyendo a Gorki.

Hoy, en medio de esos extremos, es la hora del equilibrio: se sabe y se condena cuando el homenaje falsea; y se aplaude cuando se esculpe a quien merece ser esculpido, cuando un molde se llena con bronce y con alma.

Es seguro, sin embargo, que don Francisco Martínez de la Vega sonreiría si se supiera centro de este acontecimiento, modelo de la efigie que hoy se inaugura. Sin sombra de desdén por sí mismo, ajeno a la autodenigración y a la falsa modestia, tuvo siempre la inteligencia de no tomarse demasiado en serio, al mismo tiempo que emprendía con rigor y serie-

dad las tareas públicas que le correspondió abordar.

Partiríamos de un falso dilema si pretendiéramos dilucidar si con este bronce se honra a un político o a un periodista. Con semejante intensidad, indisolublemente, Martínez de la Vega desarrolló ambas vocaciones. Fue político en tanto que periodista. Fue periodista en tanto que político. Actuó en política cuando muchacho y en la cumbre de su edad. Periodista lo fue en los años mozos y en el extremo de su vida. Hizo política ante el poder, desde el poder, contra el poder. Creó en el periodismo a través de su propia pluma, en el impulso que dio a otras, coordinando el trabajo de los demás, dando aliento a los jóvenes, separando el grano de la paja.

Político-periodista, periodista-político, este hombre binominal tuvo un denominador común en el ejercicio de ambas vertientes. Fue un seguro, sabio, cálido amigo. Dio y recibió amistad. Esa palabra, esa conducta, fueron claves en su vida: Por amistad, José Pagés Llergo, hoy su vecino en el bronce, lo condujo al

periodismo político. Por amistad, Adolfo López Mateos lo llevó a la política del poder. La amistad lo rodeó en sus horas postreras. La amistad ha levantado este monumento. Y está presente en esta inauguración. Por fortuna, no fue necesario que don Paco muriera para saber que era amigo de sus amigos, dictado que el oportunismo aplica, cuando no es verdad, sólo tras de la muerte.

Amistad no quita devoción, ni conocimiento, ni reconocimiento, antes los implica; y es por entero lejana de la complicidad, de las frivolidades que producen resultados sin causa, es decir homenajes porque sí, bronce huecos, estatuas vacías. Esta que a partir de hoy enriquece el patrimonio público de la ciudad de México está impregnada de los trabajos y los días de Francisco Martínez de la Vega, de la destilación de su espíritu, de su amor a México.

Estas palabras fueron dichas ayer, 28 de enero, en la inauguración del monumento a don Francisco Martínez de la Vega, en el Jardín de los Periodistas Ilustres, delegación Venustiano Carranza.